



FRECUENCIA O PROFUNDIDAD

Saco de contexto una frase de una novela negra (que os recomiendo si os gusta la novela negra, es la última obra de Joël Dicker, titulada “El caso Alaska Sanders”):

“... pero, como siempre ocurre cuando se trata de sentimientos profundos, la escasez de los encuentros no había hecho mella en los cimientos de la amistad que teníamos”.

Esta es una visión fundamental de las relaciones, especialmente pensando en un mundo en el que el tiempo se nos come, tenemos siempre mil cosas pendientes por hacer, y no encontramos los momentos para estar más con los amigos.

En la parte optimista de esta visión: la idea de que si hemos compartido sentimientos profundos en el contexto de una amistad, la amistad está razonablemente protegida de la falta de contacto. Más protegida de lo que podría en un principio parecer. Y ahí están como prueba esos amigos de juventud, que reencontramos al cabo de muchos años, y que fácilmente recuperamos como amigos activos. O esas personas que hemos visto dos veces en nuestra vida y sin embargo las tenemos como referentes.

Y en la parte de reto: esta visión nos sugiere que necesitamos compartir sentimientos profundos para construir buenos cimientos en las relaciones. Porque sin esos buenos cimientos, por más que nos veamos con mucha frecuencia la relación se tambaleará. Muchas veces por falta de interés, por puro cansancio de conversaciones intrascendentes, o de “más de lo mismo”.

El cemento de la amistad es la profundidad de los sentimientos compartidos, no la frecuencia de los encuentros. ¿Y esta profundidad, si existe, es una buena excusa para no preocuparnos de encontrarnos de vez en cuando? Lo cierto es que no debería de serlo, entre otras cosas porque nos perdemos grandes momentos de complicidad. Pero si hemos tenido la valentía de compartir profundos sentimientos, al menos sabemos que la relación aguantará aún y la falta de contacto.